

Latino-esclerosis



Alan Stoga

Presidente de Zemi
Communications,
www.zemi.com

2004 HA SIDO UN AÑO MUY BUENO PARA América Latina. Desde México hasta Brasil y Argentina, cada país del hemisferio creció, y, en la mayoría de los casos, más rápido que cualquier recuerdo reciente.

La buena noticia es que esta explosión de crecimiento –producida por la combinación de la fuerte economía de Estados Unidos y de China, políticas económicas relativamente sanas en los países claves, altos precios de petróleo y un dólar débil– debería continuar en 2005. La mala noticia es que, debido a que pocos de los conductores de este crecimiento son internos, el futuro económico de América Latina seguirá siendo rehén de las decisiones tomadas en Washington, Beijing y Riyadh. Y cuando el entorno global vuelva a ser hostil, la región pagará un alto precio.

Pareciera ser una consecuencia de la globalización que los países de América Latina se atrasen frente al mundo desarrollado cuando la economía global va al alza, y que sufran desproporcionadamente cuando va a la baja. Parte del problema es que muy pocos gobiernos elaboraron medidas para superar sus atrasadas reformas estructurales. Como resultado, las economías de la región no logran mantener el crecimiento por su propia cuenta, a diferencia de China y muchos otros países asiáticos. La ironía es que, mientras el crecimiento continúe siendo errático y la riqueza siga concentrada, la izquierda populista aumentará su popularidad. Y como las recetas económicas de la izquierda han producido desastres económico prácticamente en todos los lugares donde han sido aplicadas, los pobres de la región están destinados sólo a ser más pobres, a menos que se rompa el ciclo.

Hace pocos años, la solución pareció estar en los tratados de libre comercio. La firma del NAFTA dio inicio a una de las pocas industrias con crecimiento verdadero en la región: la de las negociaciones de acuerdos comerciales bilaterales, subregionales y regionales. Sólo la muy ambiciosa Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) parece estar más allá del alcance de los negociadores.

Desafortunadamente, no hay evidencia de que toda esta actividad diplomática tenga resultados. La realidad es que, durante la última década, los latinos se hicieron más pobres, y no más ricos. Un comercio más libre o más tratados de libre comercio no serán suficientes para cambiar las proyecciones económicas ni políticas de la región a largo plazo. Evidentemente que no hay una varita mágica que pueda convertir a México en China o a América Latina en la emergente Asia. Buenas políticas, reformas, un liderazgo imaginativo y honesto, todo eso importa. Pero América Latina necesita un proyecto unificador –un

gran proyecto– para salir de esta trampa estructural.

Europa enfrentó un problema similar a fines de los 70, cuando la temprana dinámica de la integración económica se había debilitado. Líderes empresariales estratégicos comenzaron a preocuparse cada vez más de que la “Euro-esclerosis” –una combinación de lento crecimiento, inflación y poca competitividad– se volviera permanente. Desesperados, propusieron su propio programa para repotenciar su economía, organizándose en torno a la idea de que la infraestructura –camino, puentes, puertos, líneas férreas, electricidad y líneas telefónicas– podría ser la clave para el continente.

Los empresarios desarrollaron, entonces, una lista de proyectos con los cuales podrían, literalmente, unir a toda Europa, y luego cabildaron ante sus gobiernos para que los impulsaran. El proceso tuvo dos grandes consecuencias: primero, algunos de los proyectos realmente llegaron a ser construidos, creando empleo y riqueza, y, segundo, el diálogo que comenzó alrededor de la infraestructura los llevó a una conversación más amplia que eventualmente terminó en la creación de la Unión Europea.

Lo que funcionó entonces para Europa puede funcionar hoy para América Latina. Una infraestructura adecuada retarda el crecimiento en cualquier parte de la región. La falta de rieles y conexiones por tierra y aire impiden aún más conseguir un tratado regional que las barreras aún existentes en la legislación comercial. Una iniciativa de infraestructura bien diseñada crearía trabajo e ingresos, y podría incluso dar a los políticos nuevas energías para pensar cómo hacer a la región más próspera.

La parte más simple de este desafío es el financiamiento. Los países más grandes de América Latina han acumulado reservas internacionales sustanciales. Con algo de imaginación, una parte de éstas podría usarse eficientemente para crear un fondo para infraestructura regional. Si esto fuera manejado con la disciplina e integridad de un banco privado de inversiones, pero con la responsabilidad de una empresa pública –no como el Banco Mundial, por ejemplo– los resultados serían sorprendentes.

El ingrediente que falta es liderazgo. Fernando Henrique Cardoso propuso una iniciativa similar antes de su reelección, pero encontró muy poco apoyo debido al típico celo político entre los presidentes latinoamericanos. Tal vez este proyecto esté mejor enfocado para ex presidentes o, como en la Europa de hace 25 años, para los líderes empresariales que están frustrados con la parálisis política y entienden cómo realmente se hacen las cosas.

Pero ya sea temprano o tarde, los latinoamericanos terminarán dándose cuenta de que sólo tendrán un futuro si desarrollan un proyecto como tal para sí mismos. ■